

La verdadera conversión

P. Dr. Miguel Ángel Fuentes, IVE

El 1 de abril de 1866 nació en Toulon, Francia, Eugenia María Fenoglio. Pocos años más tarde su padre, italiano temperamental y quizá un poco desquiciado, asesinaba de un tiro a su madre, francesa ella, y se suicidaba él después de haber intentado infructuosamente matar también a la niña. Esta infancia trágica y sangrienta marcaría gran parte de la vida de Eugenia que crecería con una tremenda rebelión interior y sin norte espiritual; pero con un ideal: triunfar en el teatro al modo de la gran actriz del momento, Jeanne Granier. No solo conseguiría su objetivo compartiendo más tarde éxitos con la gran actriz y soprano francesa sino sobrepasándola. Pero ya para esa época había cambiado su nombre por el que la haría famosa: Eva Lavallière.

El teatro de vaudeville o teatro de variedades en el barrio bohemio de Mont-Parnasse no solo le trajo éxitos como a ninguna otra artista francesa de comienzos del siglo XX, sino también corrupción a su atormentada juventud. Llegó a ser la actriz más famosa de su tiempo, por su belleza y su talento, pero también amargó su vida con alcohol, cigarrillo y sexo. Fue amante del Marqués de la Valette, concubina del actor y director del teatro Fernand Samuel, con el que tuvo un hijo de soltera, amante del Barón Hellmuth von Lucius, y coqueteó con cientos de hombres de la alta sociedad europea, incluidos príncipes y reyes; incursionó en el mundo del espiritismo y llegó a pedir al demonio que la curara de un afección que padecía desde la infancia ofreciéndole a cambio su alma y convertirse en su apóstol dentro de su ambiente farandulero. Pero ninguna de estas calamidades impidió que su alma viviese siempre sumergida en un angustioso vacío que trató de calmar no solo con el vicio sino con varios frustrados intentos de suicidio.

DIÁLOGO 69

En plena cumbre del éxito mundano se dirigió un verano a Chanceaux, un pequeño pueblo de la campaña francesa, para estudiar en soledad *Sapho*, una de sus obras teatrales más importantes que representaría en una gira por Estados Unidos que ya se vislumbraba como el cenit de su carrera. Pero allí se toparía con Dios, a quien sería fiel hasta su muerte.

Ocasión de su conversión fue la caridad del párroco, el P. Chasteigner, a quien ella llamaría desde entonces, su «padrino». Su conversión careció de hechos maravillosos, milagros o apariciones. Fue algo tormentoso y pelado, sí, pero sin intervenciones maravillosas; y comenzó simplemente al escuchar del cura rural que Dios no la rechazaba a ella, la corrupta, sino que la amaba.

-¿Quién la mordió, señorita?, le había preguntado el cura al encontrarla, el primer domingo por la tarde después de su llegada al pueblo, en el campo, bajo un árbol leyendo un libro. ¿La mordió quizá la pereza?

-¿Por qué señor cura?

-Porque no la vi en Misa y es domingo. ¿Acaso mi nueva parroquiana no va a Misa?

-¿Cómo? ¿Puedo ir a Misa yo? Esperaba su permiso.

-No necesita usted permiso. La puerta está abierta y sitio no falta; la casa de Dios es la casa de todos. ¿Por qué no habrá de ser también la suya?

«Este libro debería leerlo de rodillas», le diría unas semanas más tarde en broma el P. Chasteigner, al prestarle la vida de Santa María Magdalena, de Lacordaire. Y ella, en vez de tomarlo en broma, lo leyó efectivamente de rodillas, y no una sino tres veces. Al terminarlo por vez tercera, arrojó al fuego el guión de su futura obra teatral y tomó la

LA VERDADERA CONVERSIÓN

resolución de cambiar radicalmente de vida. Nunca más volvió al teatro.

El 19 de junio de 1917 Eva volvía a confesarse por vez primera desde su infancia y a recibir la Comunión. En adelante contaría sus años de vida a partir de ese día; el día de su nacimiento a la fe. Todo lo anterior no contaría más, aunque no le faltarían durísimas luchas contra el mundo que venía a buscarla y a tentarla una y otra vez.

Su conversión fue verdadera y total, como debe ser la conversión. De lo contrario no es conversión.

-Señor cura, ¿qué quiere Dios de mí? ¿Qué debo hacer ahora?

-Supongo que usted volverá a París, a sus escenarios, ¿no?, le contestaba el párroco.

Pero ella: -¡Cómo me dice eso! ¡Usted que me sacó del barro, ¿va a empujarme al barro de nuevo?! ¡No, no vuelvo al barro, ni a París, ni al escenario!

El sacerdote, temeroso de estos fervores exagerados de los convertidos, que suelen a veces ser preludio de estrepitosas vueltas atrás, le insistía:

-¡Pero si el teatro y el arte han sido su vida! El teatro bien llevado no es malo; ¡si usted se sabe comportar, nada impide que sea una magnífica actriz y una buena cristiana!

-Señor cura, me es imposible volver a vivir en ese mundo. Lo dejo para siempre; en el teatro que yo cultivo es imposible ser buena.

DIÁLOGO 69

-No se precipite, insistía el cura. Vaya despacio, hija. Piense despacio, despacio...

-Pensado y decidido. Las medias tintas no son mi especialidad. O todo o nada. Volver a las tablas sería exponerme continuamente y usted me ha enseñado que si juego con fuego, caeré.

-Dios la defenderá en los peligros si usted emplea bien su arte.

-No, señor cura; yo quiero vivir con sencillez.

-Pero puede vivir con sencillez y ser artista.

-No. Ahora no podría. Ya no soy yo. ¿No ve que soy otra? Desde este mismo momento, muero al teatro y al mundo: no recibiré a nadie, ni siquiera he abierto el correo... Quiero cortar de raíz con todo y con todos.

-Hija, ¿está decidida a no actuar más?

-Estoy decidida, entiéndalo bien, señor cura: ¡De-ci-di-da! Quiero ser pobre y vivir exclusivamente para Nuestro Señor Jesucristo. Voy a romper todos los lazos que me impidan entregarme a Dios. Para empezar, le ruego abra usted mi correspondencia, porque no deseo enterarme de nada que me ligue en lo más mínimo con el pasado. Rompo mis contratos; haré frente con gusto a todas las indemnizaciones que deba hacer a los que perjudico con esto; bien valen mi libertad.

Años más tarde uno de sus sirvientes de aquel tiempo diría: «Creíamos que la conversión de nuestra patrona sería uno de sus muchos caprichos. La veíamos salir de madrugada, hacia la parroquia, a pie y

LA VERDADERA CONVERSIÓN

con una linterna para alumbrarse; la veíamos ayunar y abstenerse de carne, y no podíamos convencernos..., pero era verdad. Poco a poco fue despojándose de todo y dándose al servicio de Dios».

Eva Lavallière murió a los doce años de edad, según los cálculos por los que ella se guiaba, aunque había cumplido 63 según los del mundo. Es decir, doce años después de aquel 19 de junio en que nació para Dios con una confesión bañada en lágrimas. Los 50 años que habían pasado hasta aquel momento, ya no contaban para ella; los enterró definitivamente. Su todavía fresquísima belleza, sus talentos artísticos, su fama, su dinero, sus admiradores y amantes, sus lujos, sus propiedades, sus joyas, sus amigos y sus proyectos e ilusiones... los enterró el mismo día en que ella renacía a la gracia.

★ ★ ★

Muchos de los problemas que nos aquejan se solucionan en los caminos del espíritu. Incluso cuando esos problemas no son exclusivamente de índole espiritual. No todos, por cierto. No podemos pretender solucionar ciertos traumas psicológicos singularmente graves y profundos con oración y penitencia. Eso sería «falso espiritualismo». Pero también son indudables tres verdades: la primera, que muchos problemas que parecen psíquicos son en realidad dramas de mala relación entre el alma y Dios y, por tanto, parecen ser psicológicos sin serlo; la segunda, que algunos problemas psicológicos son problemas espirituales cuyo eco resuena con fuerza en nuestra psiquis; la tercera, que muchos problemas psicológicos, siendo problemas de orden realmente psíquico, se solucionan -o al menos se matizan, o se controlan, o se contienen- cuando se encauza adecuadamente la vida espiritual del alma.

Todo buen psicólogo sabe los daños que causa en la psiquis de una persona el desconocimiento de Dios, el carecer del sentido de la vida, el no entender el problema del dolor, la incapacidad de explicar el misterio de la muerte, la desesperanza de una vida ultraterrena y, sobre

DIÁLOGO 69

todo los remordimientos del pecado, en particular los pecados de homicidio -especialmente el aborto-, los tratos con los espíritus ocultos y el satanismo y ciertos desórdenes sexuales particularmente contra naturales.

Esto lo reconocen incluso autores existencialistas como Kafka para quien el hombre es prisionero de sus pecados, o Graham Green quien, dominado por una verdadera obsesión por el mal, hace proclamar a uno de sus personajes que ni siquiera hay inocentes entre los niños.

La mala conciencia puede causar un estado enfermizo. Las personas que cargan grandes pecados, ya sea por la cantidad o por la particular gravedad de los mismos, pueden sentirse perseguidas por la ansiedad, vivir en constante tensión y arriesgar una especie de locura persecutoria. Shakespeare bosquejó la silueta de este sentimiento en la figura de Lady Macbeth, atormentada por sus crímenes sangrientos: «La mancha sigue aquí -exclama entre sueños y sonambulismo mirando sus manos-. ¡Aléjate, mancha maldita! ¡Fuera, he dicho!... ¡Cómo! ¿Es que nunca van a estar limpias estas manos?... ¡Hasta aquí llega el hedor de sangre! ¡Ni todos los aromas de Arabia podrían perfumar mis manos!». Su esposo, viendo la turbación que va llevando su cónyuge a la locura, increpa al médico: «¡Cúrala [de sus visiones nocturnas]! ¿Es que no puedes aliviar un espíritu enfermo, arrancar los pesares arraigados en la memoria, borrar las inquietudes grabadas en el cerebro y, con el dulce antídoto del olvido, vaciar el pecho de la materia peligrosa que pesa sobre el corazón?». Y Shakespeare pone en boca del galeno este veredicto: «Es que más que médico, esta necesita un sacerdote».

La mala conciencia, el desorden espiritual, la falta de una verdadera vida interior y de una oración serena basada en el estado de gracia, pueden conducir a menudo a padecer estados patológicos de angustia existencial. Esto parece haber sido lo que sucedió a Martín Lutero según las descripciones de algunos de sus íntimos. Melancthon, por ejemplo, cuenta que el Reformador frecuentemente era víctima de

LA VERDADERA CONVERSIÓN

«ataques angustiosos». «Él mismo -dice su colaborador en la Reforma- me ha contado, y muchas personas saben, que estos terrores le sobrecogían muy a menudo, cuando pensaba en la cólera de Dios o cuando recordaba ejemplos patentes de su justicia vengadora y ello con tal violencia que poníase a punto de morir». Una vez, al oír en el coro del convento la lectura del evangelio del poseso, cayó convulsivamente gritando: «¡Yo no soy [poseso]! ¡Yo no soy!». Parece que tuvo frecuentes angustias por causa de la predestinación y una verdadera «manía del diablo» u obsesión diabólica.



Este es el motivo por el cual las personas que arreglan convenientemente sus cuentas con Dios experimentan un alivio tan profundo, incluso en el orden psíquico. En consecuencia este enderezamiento de la vida del alma puede producir diversos efectos fundamentales:

1) El primero y más obvio es que nos reconcilia con Dios y nos devuelve la paz espiritual perdida por el pecado. Este es el efecto directo sobre lo más profundo de nuestra alma. Nuestra conciencia vuelve a ser una conciencia en paz.

2) Pero también produce otros efectos indirectos sobre la misma vida afectiva de la persona, el primero de los cuales es que los problemas que parecían ser dramas afectivos o psíquicos pero que no eran más que problemas de conciencia arropados bajo el manto de una perturbación psíquica, también se aquietan; así, temores obsesivos, desconfianzas, inquietudes, depresiones de origen espiritual...

3) También tienden a calmarse y desaparecer los malestares que son realmente psíquicos pero están causados por nuestra mala vida y mala conciencia. Muerto el perro se acaba la rabia.

DIÁLOGO 69

4) Y, finalmente, los morbos que afectan de modo principal y directo nuestra afectividad, como fobias, angustias, depresiones, debilidades, obsesiones..., aunque no puedan solucionarse con la paz del alma, pasan a tener un sentido dentro de nuestra vida: podemos unirlos a la cruz de Cristo, podemos usarlos como dolores expiatorios por nuestros propios pecados, podemos encontrarles un valor, e incluso a través de ellos podemos convertirnos en apóstoles crucificados y ganar nuevas almas para Dios.

En agosto de 1926 el marqués Roberto de Flers quiso visitar aquella vieja amiga para quien había escrito algunas de sus obras teatrales y que ahora se apagaba cargada de sufrimientos físicos. Contra su costumbre, Eva Lavallière lo recibió en honor de una amistad que había sido limpia y sincera. Él era un escritor bastante escéptico y descreído:

-¿Sufre usted mucho, Eva?

-Atrozmente. Los médicos no comprenden cómo estoy aún con vida.

-¿Y no espera algún alivio?

-Los médicos dicen que sí, pero yo no lo espero. No obstante soy feliz. ¡Usted no puede medir mi dicha!

-¿A pesar de sus padecimientos?

-No. No a pesar de ellos, sino precisamente *a causa de ellos*.

Este diálogo lo publicaba él mismo unos meses más tarde en el periódico *Le Figaro* de París. Y añadía este retrato, admirable en la pluma de un hombre casi sin fe:

LA VERDADERA CONVERSIÓN

Eva Lavallière, poseedora hoy de una fe profunda y sólida, vive en el recogimiento y en la oración. Ofrece un espectáculo capaz de conmover aún más, quizás, a los incrédulos que a los creyentes. Encontré cambiada, por cierto, a la que fue una de las glorias más encantadoras y valiosas del teatro, a quien este no ha podido aun reemplazar. Desde hace meses la enfermedad la tiene recluida y cada día es para ella un largo padecimiento. En su rostro empalidecido, los ojos tienen la llama del fervor interno; miran más allá, más arriba, y las manos afiladas se juntan espontáneamente... Su voz, que en revuelos irresistibles pasaba de tono en tono, se ha tornado grave. Una infinita dulzura ha descendido sobre este frágil ser; la vida no deja de brotar de ella, pero no es ya la vida de acá abajo.

Y esta mujer, así descrita, así inmensamente feliz como ella misma se consideraba, sufría físicamente tanto que su médico se veía obligado a inyectarle morfina para que pudiera sobrellevar sus dolores, y esto prescribiéndoselo bajo obediencia. Y padecía tantas tentaciones que pedía a su ama de llaves y amiga del alma: «Ven, reza en alta voz, reza porque el diablo me atormenta con tentaciones... Canta para que no me duerma; quiero seguir pensando en mi encuentro con Dios... Canta de nuevo, mi pequeña Leo, porque Dios se esconde y mi corazón no consigue hacerlo volver».

Como hemos dicho, cuando el alma está en paz con Dios, aunque la conciencia serena no pueda detener los dolores físicos y psíquicos que nada tienen que ver con el pecado, estos parecen, al menos, encontrar su lugar preciso dentro de nuestro corazón.

★ ★ ★

¿Por qué, pues, tantos retornos a Dios, tantas confesiones y arrepentimientos, no terminan por acomodar nuestra vida y subimos y

DIÁLOGO 69

bajamos del pecado a la gracia y de la gracia al pecado? ¿Por qué emprendemos el vuelo y un par de cientos de metros más allá nuevamente el halcón del pecado, o del desaliento o de la tristeza..., nos vuelve a cazar y a tirar por tierra? ¿Por qué nuestras conversiones no terminan por componer nuestras vidas, por purificar nuestras taras espirituales y afectivas, por enderezar definitivamente nuestro carácter, por sacarnos de una vez por todas de nuestras esclavitudes obsesivas, por darnos la fuerza para perseverar en las decisiones tomadas o calmar nuestras ansias y tristezas profundas?

Probablemente porque no son *conversiones* en el sentido más pleno y total de la palabra. Así las llamamos, pero no son tales. A menudo nos limitamos a revocar y enlucir nuestra vida, es decir, a blanquear con una capa de pintura o de yeso una vida de pecado o una personalidad cargada de estigmas; pero continuamos llevando esas lacras debajo de una pequeña capa de cal y pintura.

Nos falta ese «todo o nada» que caracteriza a los verdaderos convertidos: «Las medias tintas no son mi especialidad. O todo o nada», había dicho Eva al P. Chasteigner. Esa es la única conversión que da resultados.

Convertirse significa dar la espalda a lo que se estaba dando la frente y dar la frente a lo que se estaba dando la espalda. Y significa caminar en la dirección opuesta a la que se caminaba antes; o correr en la dirección opuesta si es que antes se corría hacia el pecado. La verdadera conversión solo conoce un ángulo: 180 grados. Todo ángulo menor a este no es verdadera conversión y no funciona. «Curva tu cabeza; adora lo que quemaste, y quema lo que adoraste», dijo San Remigio al rey de los francos.

La conversión de Eva fue verdadera, eficaz y definitiva, porque no intentó salvar nada de su naufragio. En la erupción del Vesubio que tapó bajo lava y ceniza las ciudades de Herculano y Pompeya en agosto del año 79 de la era cristiana, solo se salvaron los que no intentaron

LA VERDADERA CONVERSIÓN

llevarse nada; los que dejaron todo lo que poseían y huyeron salvando solo el pellejo. Los que volvieron a buscar aunque sea unas monedas para pagarse el pan de los próximos días, fueron ahogados por las cenizas y luego cubiertos por la lava del volcán. Todavía hoy en día podemos ver las huellas de sus cuerpos en esas ciudades-cementerio.

Es una insensatez intentar salvar las valijas cuando se está hundiendo el barco, querer sacar el piano de una casa en llamas, o empeñarse en llevarse el televisor en medio de un terremoto. Y también es ridículo pretender resucitar sin morir verdaderamente. Los santos cristianos cuando veían venir la muerte donaban hasta las medias. Fray Junípero Serra en el momento de expirar solo tenía el hábito con que lo enterraron; en cambio, los faraones egipcios se preocupaban de pasar a la otra vida con todo su palacio, incluso con esclavos a los que obligaban a morir con ellos para que los sirvieran en la ultratumba. A los primeros hoy los encontramos canonizados y transfigurados; mientras que los últimos solo consiguieron enriquecer a los buscadores de tesoros y convertirse ellos mismos en espectáculo para visitantes de museos que miran, con admiración y un poco de asco, los huesos que asoman de las vendas carcomidas por la polilla.

Sucede a menudo que vemos la necesidad de convertirnos totalmente a Dios, desde una vida de pecado, de vicio, de adicción o quizá solo de la mediocridad y la tibieza. Pero queremos hacerlo perdiendo lo menos posible; queremos, como dice la gente, «sacarla barata». Queremos ser hombres nuevos, pero vistiendo las camisas y corbatas del viejo. Queremos ser santos pero sin morir a la cuota de mundanos que se nos ha pegado fuerte. Queremos gustar las dulzuras de la vida espiritual, pero sin cortar con las dulzuras de la carne. Y por eso escondemos en algún repliegue del alma ciertas mañas y flaquezas que no nos decidimos a romper del todo. En lenguaje vulgar eso se dice «curro», palabra que ha entrado en el diccionario de la Real Academia proveniente del caló, el lenguaje de los gitanos, en el que currar significa estafar. Estafamos nuestra conciencia, nuestro confesor y al mismo Dios, cuando cerramos los ojos a ciertas cosas que de hecho

DIÁLOGO 69

nos frenan en el camino de la santidad, o quizá solo nos lentifican, o, por lo menos comprometen nuestro futuro constituyendo las causas de que más adelante volvamos «al viejo vómito» como dice san Pedro con un lenguaje sincero y brutal.

Sí, quiero convertirme, pero no veo necesario dejar de ver televisión o de ser un aficionado al cine. Quiero convertirme pero no encuentro ninguna incompatibilidad entre la santidad y mis gustos por la música mundana o sensual. Quiero convertirme, pero ¿qué tiene de malo seguir bailando, o frecuentar tales o cuales amigos, o seguir con mi independencia total, o...?

Para muchos (realmente muchos) esto ha terminado en un desastre. Es querer zarpar del puerto sin levar anclas pero desplegando en pleno las velas al viento. Una de dos: o el barco no se mueve, o cruje y se quiebra. Pero zarpar como Dios manda, no.

Ciertamente, el que ha vivido mal y se le ha hecho piel el vicio o la adicción, deberá despellejarse. Pero llegar a la otra orilla, la de la santidad y la felicidad colmada, con la ropa puesta y seca, ni soñarlo.

Cuando se ha vivido en el pecado o cuando se han arraigado vicios profundos en nuestra personalidad hay que aceptar el naufragio total, pues vale aquí la ley que dice Castellani para quienes buscan la verdadera felicidad y santidad:

El naufragio es seguro y es la ley del crucero
pues los que quieren verla sin naufragar, son locos.
Quieren llegar a ella sano y limpio el esquife
seca la ropa y todos los bagajes en paz
cuando sólo se arriba lanzando al arrecife
el bote y atacando desnudo a nado el caz.

Conversión verdadera es la de quien entiende que debe abandonar todo lo que es pecado y desorden, y todo lo que puede atarlo al pecado

LA VERDADERA CONVERSIÓN

o al desorden. No solo dejar de pecar, sino alejarse de lo que recuerda el pecado, lo que es ocasión de él, lo que ablanda el corazón lentamente haciéndolo a la larga nuevamente vulnerable al pecado.

No solo es dejar de obrar torcidamente sino no volver a dialogar con lo que, no a corto plazo, pero sí al menos a la larga, enfriará su corazón, dejará de calentar su fervor, hará disminuir la velocidad de su búsqueda de Dios. Eva Lavallière, no volvió al teatro, no quiso ver más a sus viejos amigos, no intentó despedirse ni romántica ni cortésmente de nadie que la vinculara a su antigua vida... ¡Ni siquiera volvió a abrir la correspondencia que diariamente atiborraba su buzón!

Dejar todo quiere decir cambiar radicalmente los hábitos de conducta, los modos de pensar, los criterios de juicio, las costumbres. A veces significa romper amistades, que por ligarnos al pecado, mal llamamos amistades. Puede significar cambiar de trabajo, de estado social. Puede implicar repartir las propias cosas y aceptar la pobreza. Puede exigir, por ejemplo para un adicto a la pornografía, vivir en adelante y para siempre sin televisión, quizá sin computadora o al menos sin internet; volver a la edad de las cartas y del correo por sobre y papel; para un adicto al alcohol puede demandar cambiar las amistades, los lugares que se frecuentan, no tener ni una botella en su casa y quizá confesar su enfermedad a sus más íntimos para que lo ayuden. Para un adicto al juego puede reclamar no tener nunca más un peso en el bolsillo y dejar que otros administren sus bienes. Para todos puede entrañar confesar sus debilidades a quienes pueden salvarlos de volver a caer en ellas, aceptar ayuda de médicos si fuera necesario, atarse a reglas estrictas.

Sin embargo, dejar todo no es posible salvo por una gracia de Dios. Lamentablemente siempre nos llevamos algo, al menos nos llevamos a nosotros mismos. Pero debemos estar dispuestos a abandonarnos también a nosotros, es decir, nuestro nombre, nuestra fama, nuestra reputación. En este naufragio no podemos pretender salvar nada. No solamente debemos dejar que se hundan nuestros bienes materiales,

DIÁLOGO 69

sino también nuestros bienes mixtos, es decir, aquellos, como decía santo Tomás, que tienen algo de material y algo de espiritual. Estos son los talentos, los gustos, la fama, la honra. Eva no volvió a actuar... aunque ella amaba actuar; toda su vida se había movido por una sola ilusión: actuar. Y cuando había conseguido lo que amaba, decidió dejarlo. El P. Chasteigner le dijo que no hacía falta dejarlo; podía actuar y volver al teatro; bastaba que eligiera obras decentes y que viviera cristianamente. Ella vio más allá que su confesor: sabía que no solo volvía, así, al teatro, sino que a la larga también retomaría su vida de pecado. Sacrificó sus cosas, sus joyas, su ropa, sus palacetes..., pero también su talento y su gusto para el arte... Y sacrificó su fama y su honra. Dejó que la llamaran hipócrita, loca, exaltada, mentirosa, fracasada... No volvió por sus fueros; no se defendió, no aclaró nada a nadie, no dio explicación alguna... no volvió la cabeza atrás.

Sabía bien que debía dejar que todo se hundiera en el naufragio si quería empezar de nuevo y de cero.

«Este es mi último cumpleaños -dijo el 19 de junio de 1929, pocos meses antes de morir, al sacerdote que le llevaba la comunión-; hoy cumplo doce años». Así hablaba la convertida porque realmente doce años atrás había quemado todo y había empezado de nuevo por un cambio de piedad y de penitencia.

Pero ¿son nuestras conversiones un nuevo nacimiento? Cuando he decidido convertirme ¿me desnudé de todo empezando todo de nuevo, o más bien fue, la mía, una muerte a medias, con una parte de mi hombre viejo que se escondió en algún rincón del corazón para volver a pudrirme más adelante? ¡Ese es el problema de las medias conversiones! No son conversiones. Todo giro de menos de 180 grados... puede ser un camino, largo ciertamente, de retorno hacia el lugar de donde partí.

Cuando hemos visto que debíamos barajar y dar de nuevo, cortar por lo sano, amputar incluso el hueso... para sobrevivir... no podemos

LA VERDADERA CONVERSIÓN

dejar nada del hombre viejo. Todo cuanto llevemos con nosotros de nuestra vieja vida es un bacilo infectado que volverá a enfermarnos el alma. Cuidado con no hacer morir los gustos mundanos, las amistades dudosas, las costumbres menos ordenadas, y todas las pequeñas anclas que, a pesar de nuestras buenas intenciones, nos retienen atados al mundo.

¿Qué conservas todavía de tu vida de pecado o de tus vicios? ¿Apego al dinero?, ¿afán de libertad?, ¿gusto por música mundana?, ¿pereza e inclinación por la comodidad?, ¿aprecio por tu buen nombre, tu honra o tu fama? ¿A qué no has muerto todavía de tus viejos defectos y vicios? ¿Al orgullo, a la sensualidad, al mal genio, al horror al desprecio, al gusto por la buena mesa, al bien parecer y a la elegancia, a la vanidad, a la petulancia, al deseo de tener siempre la razón, a la codicia...? ¡Corta ya o no hace falta que adivines por qué puertas volverás a entrar al mundo del vicio del que saliste!

★ ★ ★

En el pequeño cementerio que está junto a la iglesia de Thuillères hay una cruz de madera negra clavada en tierra con esta sencilla inscripción:

Eva Lavallière

11 de julio de 1929

«Vos que me habéis creado, tened piedad de mí» (Santa Thais)

La artista, la bailarina, el árbitro de la elegancia del mundo alegre parisiense, vislumbró un día la Verdad, fue hacia ella, encauzó su apasionamiento artístico hacia la mística, y desde el barro dorado en que estaba sumergida, en cuanto se enamoró de lo divino, llegó a Dios. Quiso tener una tumba bien pobre, y no juzgándose digna de que el Sacratísimo nombre de Dios fuese escrito sobre sus restos, eligió las palabras de Thais, la santa ex pecadora y prostituta: «Vos que me habéis

DIÁLOGO 69

creado, tened piedad de mí». Por un camino de espinas que no carecieron de flores perfumadas, Eva llegó así al punto máximo de la humildad; es decir, de la santidad.

Que el ejemplo de su conversión nos muestre el camino de la nuestra: el sendero de una conversión que por radical, plena y sin titubeos, de 180 grados, sea eficaz y definitiva.